

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

## REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

## NOTA BENÉ.

Por segunda vez hablamos en latín.

Profundizado el sentido de la carta de Montes, resulta un tanto *Lagartijista*. Nosotros, a fuer de imparciales, hemos de advertir que á su tiempo publicaremos otra que para nuestro periódico está escribiendo desde el *otro mundo* el célebre espada *Chiclanero*, el cual, por las primeras páginas ya enviadas, resulta ser acérrimo *Frascuellista*.

¡Con pesar vemos que aún más allá de la tumba se extreman todavía las pasiones de partido!

## MANUEL HERMOSILLA.

Es uno de los pocos toreros á quien se le conoce por su propio apellido. El *alias* no figuró á su lado por no herir su gran respetabilidad.

Porque, lectores míos, ya le habreis visto; Hermosilla reúne á una estatura elevada y rozagante, una complexión fuerte y robusta, un porte, como si digéramos, de cierta majestad torera que marca en su adusto semblante la seriedad del peligro.

Si algún escultor inglés quisiera trasladar al mármol las correctas líneas de un torero español, tomaría á este espada por modelo. Gústanos más, sin embargo, ver al Sanluqueño á pie parado y en firme, que pisando las arenas del redonde; y es, que el garbo desaparece cuando se mueve aquel San Cristóbal humanizado por el arte de Curro-Montes.

Le hemos llamado Sanluqueño por una cosa muy natural: porque nació en Sanlúcar de Barrameda, de la provincia de Cadiz, el día 1.º de Enero de 1847. Veinte años tenía cuando se embarcó en la Península con rumbo á la Habana. Allí se dió á conocer como banderillero, trabajando en las plazas de Regla, Cienfuegos y Matanzas. Al poco tiempo fue ajustado de segundo espada para Méjico en la cuadrilla de José Ponce.

Háblase mucho, en la mayor parte de sus biografías, de la conducta del diestro como buen español en nuestras antiguas posesiones; y nosotros, que no olvidamos nunca al hombre por el lidiador, hallamos justa ocasión para aplaudirle y felicitarle. Si hay algo en la sangre del torero que le rodee de brillante aureola, es esa representación genuina de nuestro valor indómito, y que en apartados climas tanto nos obligan nuestras costumbres á recordar el suelo hermoso de nuestra patria.

Y sigamos adelante.

El 8 de Junio de 1873 regresó Hermosilla á su casa paterna, decidiéndose por quedarse en la Península y hacer gala de los conocimientos que junto á los toros había adquirido á no esca-

sas leguas de su país. Aquel mismo año tomó la alternativa del célebre diestro Dominguez, que le cedió de buen grado los *trastos* en el Puerto de Santa María.

Nosotros no tuvimos ocasión de verle hasta Junio del año siguiente, en que se presentó en nuestro redonde alternando con *Lagartijo* y *Frascuelo*.

Desde entonces hemos podido formar nuestra apreciación sobre dicho diestro, que con la imparcialidad que nos caracteriza hemos de exponer.

No es Hermosilla un lidiador partidario del toro fino y movido de la escuela Sevillana; si dentro de alguna tuviéramos nosotros que particularizarle, desde luego sería en la Rondaña. Cierta es que nosotros no admitimos esta errónea distinción, pero nos atenemos al sentido vulgar de estas mismas inexactitudes.

¡Miradle en la plaza!

Jamás intenta un quiebro con los palos, ni un pase de dibujo, ni unas verónicas á pie firme y ceñidas, que tantos aplausos vale á quien sabe ejecutarlas con delicado arte. En cambio, cuando lia en la hora fatal, se coloca como muy pocos, sabe arrancarse en corto y sereno para marcar la suerte, y... la suerte no resulta.

¿Por qué?

Si el Sr. Hermosilla, de quien somos buenos amigos, quisiera atender nuestros consejos, otro sería su porvenir, otro el puesto para el destinado en la historia del arte, y sobre todo, escucharían sus oídos las tardes de corrida demostraciones muy halagüeñas.

El vicio capital de su toreo estriba en la mano izquierda; difícilmente cuadra á los toros y difícilmente también sabe castigarlos con la muleta. El primer pase al natural resultale engendrado con desenvoltura y arte; pero cuando el bicho se le revuelve y siguen á aquel los cambiados y de telon, su rojo trapo es un abanico mas bien que un medio de defensa, y su cuerpo queda al descubierto, expuesto siempre á peligrosas *coladas*. ¿Por qué esa falta de maestría, cuando en otras cosas demuestra un buen conocimiento de las reses?

Y llega el momento de liar, y lia bien y como los libros enseñan, y se arranca engendrando el volapié y se le vé llevar en excelente direccion la punta del estoque; pero aquella mano enemiga, aquella *malita izquierda*, como decía Curro al célebre *Tato* cuando este comenzaba, se lleva la muleta fuera de la suerte, el animal se descompone al ver huir el engaño, y la estocada resulta corta por no consumarse bien, ó baja y atravesada por el extraño de la fierra.

Cuando vemos á Vd., Sr. Hermosilla, cuadrarse en la cabeza de algún berrendo, todos pensamos que vá V. á recibirlo. Hay facultades y *alma* para ello. ¿Por qué no huir del sitio en donde se encariñan las medianías y remontarse á más altas esferas?

¿No le agradan á V. las palmas, y los *bravos*, y las *abusiones* de que nos hablaba el Sr. Cúchar? Pues á ello, que todo es querer en este mundo.

Se nos olvidaba decir al público una cosa que él sabe y V. siente, y es que el *pundonor* le sale á la cara cuando las cosas no le resultan bien hechas.

Esto de *pundonor* lo traduce la gente de pelo atrás por *vergüenza torera*. Tal vez V., Sr. Don Manuel, no recuerde el origen de esta frase, y se lo vamos á decir: Preguntábase cierto día á Costillares, qué condicion era la más favorable al torero, si la inteligencia, el valor, las facultades, ó el *ciego arrojo*.—Una sobre todas, testó el inventor del volapié, —*que debe nacer del corazón, pararse en la cabeza y salir por la punta del estoque*.

Esto decía aquel gran maestro; y como V. tiene esta condicion en alto grado, bueno es que le ponga en un altar y encienda un par de luces al ilustre compañero de *Romero* y *Pepe-Hillo*.

Carta de Francisco Montes (*Paquiro*)  
á Rafael Molina (*Lagartijo*).

(Vallé de Josaphat á 4 Abril 1882.)

Compañero queridísimo: Me has de permitir que te hable de *tú*, y á honra habrás de tenerlo, que ni traté de ese modo á quien no mereció mi confianza, ni llamé *compañero* á quien no supo ponerse junto á mi hombro. Bueno es que te advierta que si esta carta tardó más en llegar á tus manos fué por remitirla certificada, y aun con más lacrea que broncas tiene un *tendío* de sol quisiera enviártela; pues de lo que hablemos tú y yo no es conveniente que se entere el público, ni mucho menos la gente que no sabe mirarnos la coleta.

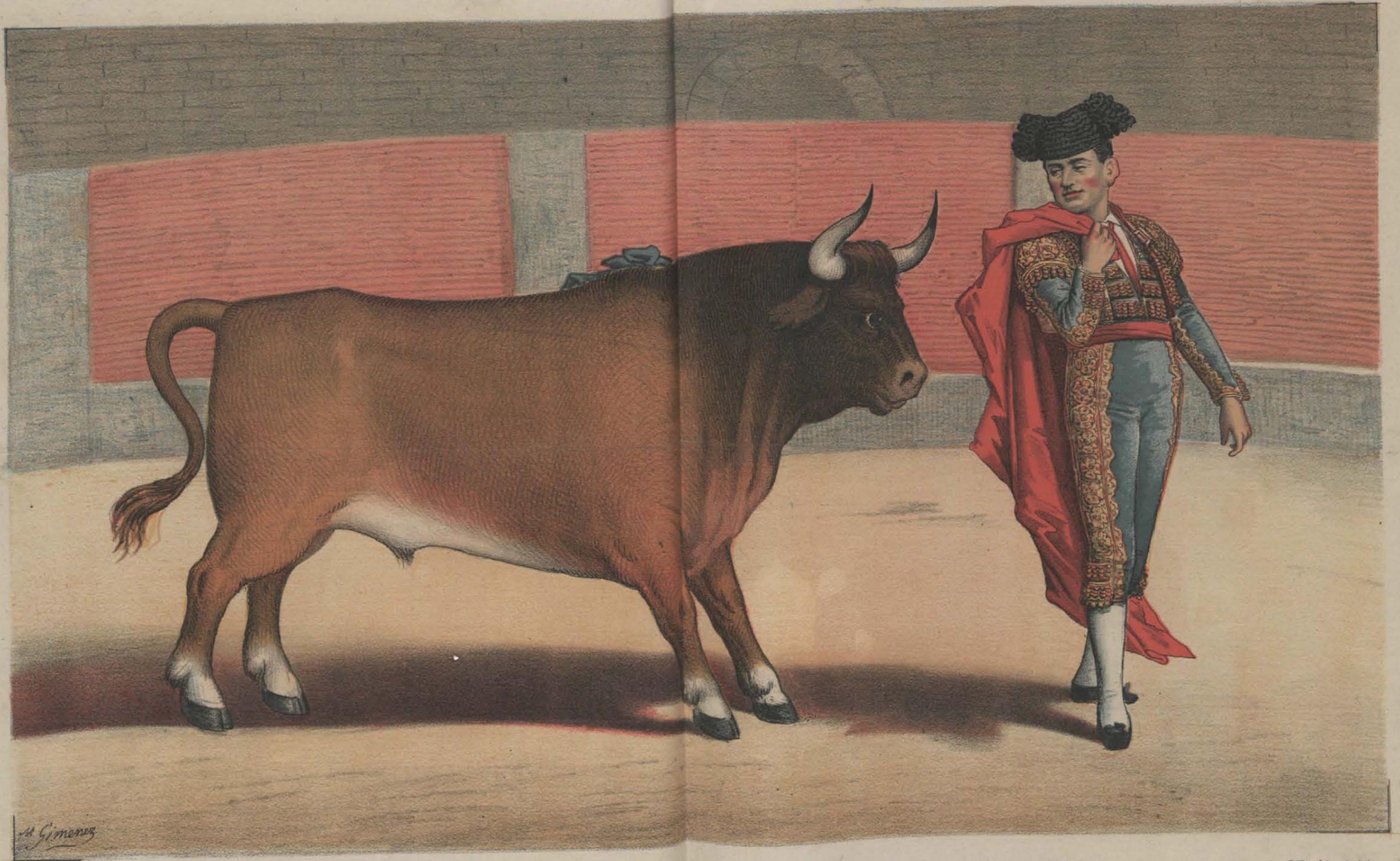
Eres el hijo de la suerte; y Dios, de quien estoy tan cerca, sabe muy bien que no te lo digo por envidia; que este bichillo asqueroso jamás le conocí, ni nunca llegó á morirme las entretelas de mi alma. Eres el hijo de la suerte, digo, porque has *llegao* á unos tiempos en que los desagrados del público no pasan de una docena de *sirbidos*, y las palmas y el dinero se prodigan tanto, que no hay toro que queriéndolo tú no lleve *pa tí* más cigarros que un estanco, y más dinero que lo que cobraba *toa mi persona* en cuatro líneas de *corria*.

Los que vienen escapaos de ese mundo, todos me dicen que eres un *maestro*, y como yo sé el trabajo que cuesta adquirir esta *intitulation*, me río de los que te la niegan, que ni nosotros damos *estocás* de balde, ni la gente alaba con la misma boca con que pudiera tirar *bocas*.

La maestría en el toreo, querido Rafael, consiste como en *toas* las cosas en hacer uno con facilidad y con arte lo que otros no pueden llevar á cabo sino á fuerza de muchas fatigas, y darse golpes en las sienas. Aquí, por ejemplo, donde tenemos un sitio *destinao* todos los *artistas*, me puedo convencer de esta verdad, que tanto en vida repetíale yo al *señó Leon*. Anda junto á mi vera un manco tan célebre como yo y que le llaman D. Servando ó D. Servandes (1), que dá gusto

(1) El nombre á que se refiere el autor de esta carta llega hasta nosotros bastante emborronado, y por lo mismo poco inteligible. No es de extrañar, teniendo en cuenta el largo camino que ha de recorrer nuestra correspondencia. Calculamos que sea el ilustre manco de Lepanto, Don Miguel de Cervantes Saavedra, á quien alude Montes en esta comparación.

(Nota de ALEGRIAS.)



Lit. de J. Palacios.

"LAGARTIJO,, EN LA SALIDA DE UN RECORTE.

Arenal, 27, Madrid.

verle cómo le anda á la pluma, y que al mirarle *toos* los *escribientes* se asustan admirando cómo con tan extraña facilidad y como quien hiciera palotes en el papel, escribe cosas tan superiores. *Vé ahí*, digo yo, cuántos se tiran de los pelos por escribir en *too* un día un renglon como este hombre, y aunque sea diferente la comparación, también extrañábase en mi tiempo ver tantos malos toreros á mi vera dándole capotazos á los bichos como si fueran á *espantuarles* las moscas, en tanto que mi capa se hacía un *hilo de sea* junto á los animalitos, y mi mano les andaba en el hocico como muchacho que dá sal á un borrego, y luego salía del peligro como si al bicho le hubieran clavado en la arena y yo hubiese estrenado un traje nuevo delante de mi novia.

Y como en esta *facilidad* dentro de la dificultad consiste la maestría, vé ahí por qué te dan ese tratamiento. ¿Sabes además por qué? porque conservas la *majestá* sin la jactancia, la *serenidá* sin el descaído, y el sabor del *arte*, por decirlo así, en todas tus hechuras.

Recuérdome muy bien ¡qué deliciosos recuerdos! cuando en aquellas tardes de caluroso estío vestíame con más gusto que si fuera *pá* rifarme entre muchachas mi vistosa taleguilla. A la hora del anuncio sonaban los clarines y al compás de los aplausos salía yo con mi gente pisando los rayos del sol en la plaza vieja de esa Corte.—¿Qué vamos á hacer, Paquiro? me preguntaba un *aficionado* á quien siempre le daba á guardar mi manto de raso bordado con estrellitas de oro.—Pues lo que quieran aquellos *burós* y yo, contestábale con la conciencia de mi poder, señalando la puerta del toril. A los pocos instantes un toro de Salvatierra salía como el rayo pegando su sombra al redondel y sus cuernos en las tablas; entre los peones nacía el espanto y la desconfianza entre los piqueros... ¡pero allí estaba yo!

Terciaba al brazo mi capote de pelea, me dirigía á los medios como hombre *desocupao* que vá á dar un paseo por las Vistillas, y cuando la fiera se percibía de mi sombra y yo parecía muy distraído mirando á las buenas mozas, el animal se me arrancaba; y mi cuerpo era débil junco que se *rimbreaba* en sus pitones, y mi percal ancho pañuelo que restregaba sus narices, y hasta los alamares de mi chaqueta servían de *distraction* á la encolerizada fiera que á veces les *urgaba* con las puntas de sus astas como mano de distraído niño que juega con cascabeles.

Pues este es el arte, Rafael, y eso que la *mitá* del camino la tienes *andá* con tu facha; que si tu padre, vamos al decir, te hubiera *metio á esquilao* y yo hubiera *pasao á tu vera*, aunque hubieras *manejao* las tijeras como *Lentijica*, me hubiera dicho yo á mi *¡este es torero!*

Pero mucho cuidado con engrerite en estas alabanzas que vienen de mi *autoridá*, y no creas que todo vá á ser alfiler, que ni yo he despertado de mi sueño para decirte lo que sabes, ni te he certificado la carta para venirme solo con jaculatorias.

¿Crees tú que bástale á un maestro en el arte, librar de un mal perance á los picadores con *largas* líneas y *dibujás*? El *aro* desde que sale al redondel es maestro siempre, y como los toros, aunque sean más malos que el maldito *de Jijona* que me cogió, siempre tienen algun flaco por donde lucirse, hay que aprovechar sus circunstancias y tener al público en *esplacion* continua para esperar lo que uno va á hacer, y en lo que nadie ha de igualar.

Recuerdo que unas tardes dejaba yo dormir el capote en mi brazo izquierdo sin que mi derecho lo acariciara; tocábame matar dos toros, y en la hora de *morir*, si saludaba al primero con un natural, al otro lo hacía con un *cambio* en la cabeza para evitar *similitudes*; reparaba que en un palco de *aficionados*, se me miraba con ciertos escrúpulos, como dudando de mi arrojo y allí llevaba al toro entre querencia, y allí lo abanicaba con el trapo, y allí le hacía morder el polvo, y antes que á la misma presidencia, saludaba sonriéndome á los *desconfiados*. Sucedia á veces que el animal era más *boyante* que si tuviera alma de arripe y lo recibía; que se alegraba al mover de la muleta y lo *aguantaba*; y cuando *ná* de esto podía ser, me iba á sus rubios con un *volapié* que ni *pá* resollar le daba tiempo. En muchas ocasiones la *estocá* se me iba por donde yo nunca había *intentao*, y el público, olvidándose de *too* mi historia, me avergonzaba con *sirvidos*.—¡No palmearme á mí!—decía yo, y en cuanto el otro *buró* salía del toril, ya le tendía la ropa para irme de *farol*, ya le *galleaba* ende el uno hasta el seis, *pá* hacer olvidar el perance, llevándome las *parmas* de la sombra, las *parmas* del sol y hasta del mismo cielo, si es que desde la arena pudieran oírse los aplausos de las estrellas.

Todo esto se lo digo, no *pá* jartarme de gloria, que muy pronto veré la verdadera, sino *pá* llenarte á tí de ella, que fácil es conseguirla quien como tú solo tiene dos *esconchaos* en su *estánta*, y es la flojedá de tu carácter y el *paso atrás* en las piernas.

Maestro eres; advierte que te lo dice Montes, y con esta *partia* de bautismo bien puedes hacer del público lo que quieras. Mirarás á un toro *pá* verle el color de la divisa, y ya creerán que lo estás estudiando con más afición que un colegial su libro antes de *desaminarse*; sacarás á un toro del caballo y se lo volverás al piquero, y dirán que tu *inteligencia* les ha hecho en un momento hacer las paces *pá* que se den un abrazo, y hasta con la muleta crearán algunos que les has puesto banderillas á los toros cuando salgas á tirarle de las orejas á tus *muchachos*; y, en fin, *pá* que veas lo que es tener *autoridá*, si un desgraciado día, que yo no nunca lo espero, tuvieran que echarte un toro al corral y mostrarte la media luna, no faltaría apasionao por tu inteligencia que exclamaría: «¡Qué saber tiene el maestro! no ha querido matar ese toro-padre pa que vuelva á hacer carinos á las vacas, y ha hecho sacar la media luna *pá* profetizar un *eclice*.»

El público, Rafael, es á veces inocente en medio de su malicia, y si compromete con sus *desigencias* á los principiantes, no le pasa así con los que como tú tanto sabe jugar con él como con los toros.

No quieren mis consejos decirte que vayas á ejecutar suertes que no has *intentao* nunca, pero ya que *dás* volapiés,

dálos como Dios manda, y ya que sabes manejar el trapo, házlo como en los días de competencia, y ya que podías poner cátedra de banderillas, toma los palos de vez en cuando *pá* quebrarte como un junco frente á la cara de los toros.

No estés *desaborio* como muchas veces en que miras alrededor y observa que nadie te hace sombra, que como ya he *podio* ver por aquí, las estrellas de mérito aguardan que los soles se *escurecan* *pá* lucir ellas en *too* su plenitud.

¡Ah! Me dicen que hay que verte cuando algun toro hace algun *desavío* á cualquiera de tu familia. Pues haz como mi compadre *Capita*, que *pá* sentir él mismo el enfado se llenaba la cara de *gofelás*. Figúrate *toas* las tardes que los toros de tu pertenencia han herido de muerte á toda tu generacion, y ovacion segura.

¡Adios! Dale mis expresiones á *Frasuelo* y á... por ahora á nadie más, aunque me advierte Pepe-Hillo que pronto habrá á quien hacer digno de mis recuerdos.

Tuyo de veras,

Paquiro.

## TOROS EN MADRID.

Cuarta corrida de abono verificada el 7 de Mayo de 1882.

Empecemos censurando á la Empresa. Toros como los lidiados ayer tarde no deben ofrecerse al público de Madrid. A excepcion del primero y cuarto toros, todos tenían poca romana, y más bien que otra cosa eran mansos bueyes que buscaban sitio franco por donde irse á la vacada. El señor D. Julian Bañuelos, de cuya ganadería eran, no debió quedar muy contento, sobre todo en la lidia del quinto y sexto, que llevaron su merecido, ordenando el Presidente que les fuera tostada la piel.

Hé aquí sus nombres: *Regalon*, *Solitario*, *Retinto*, *Famoso*, *Calvito* y *Vivoro*.

Cuando el Presidente, que lo era D. Pedro Celestino Cañedo, tomó asiento, eran las cuatro en punto. El pañuelo blanco se ondeó en los aires, y al compás de la *orquesta* aparecieron las cuadrillas. Lagartijo, Hermosilla y Gallito formaban á su frente. El primero pisó la arena; era retinto, albardao y bien puesto. A los primeros capotazos se mostró ser receloso y cobarde, pero despues de las dos primeras varas se creció al castigo. Colita, que estuvo desgraciadísimo en toda la tarde, pinchó dos veces en los brazuelos; el público, en agradecimiento, le quiso poner un puesto de naranjas. Agujetas y Fuentes mojaron tambien.

El toro pasó á banderillas tapándose en la suerte, receloso y humillando demasiado: el Gallo puso un buen par tras una salida en falso, y la Pasera cumplió su cometido con ayuda de Rafael, colocando otro al relance. Rafael, que cambió en este segundo tercio de la lidia la muleta por el capote, á fin de auxiliar á sus banderilleros, volvió á tomar de nuevo el paño de defensa en cuanto oyó tocar el clarín, y se dirigió á *Regalon* que desafiaba y se defendía, y tras cuatro naturales, seis altos y dos cambiados se tiró á volapié, resultando media estocada en su sitio. Tras esta faena volvió á pasar á su adversario, cambiando el color del trapo, con tres naturales y dos altos, tirándose de nuevo al toro para enviarlo á la eternidá, con otra media aprovechando. El animal estaba fuera de suerte.

Pisa la arena el segundo; sus señas eran como las del anterior. Hermosilla se abrió de capa intentando parar los piés á *Solitario*, que no estaba para esas caricias. De Agujetas y Colita recibió varios puyazos, cayendo éste al descubierto en una ocasion. El toro huyendo del castigo había acometido al caballo por los cuartos traseros y ginete y montura habían caido confundidos en el polvo. Rafael cubrió al piquero con su capote en tanto que el Gallo llevábase al Bañuelos engreido entre los pligues del suyo; Lagartijo buscó entonces ocasion de llevarse palmas coleando *sin motivo* al animal. Tocaron á banderillas con algun retraso y el público bostezó. ¡¡¡jahl!!! Pedro Campos y el Barbi, cumplieron perfectamente, demostrando valor y corage al meter los brazos. Dejó el estribo Hermosilla y valierale más no haberlo dejado en toda la tarde. Sin, y como quien no sabe lo que lleva en su mano izquierda, recetóle al animal una serie interminable de pases para otra no menos penosa de estocadas y pinchazos. El toro murió *nuchado*. En uno de estos lauces cayó el diestro delante de la cara de la res, perdonándole hasta la vida, Lagartijo al quite midió tambien el suelo, culpándole, *nó* con muy buenos modos, esta falta de equilibrio á Pedro Campos. Señor Rafael, nos pareció que andaba usted entonces muy lejos, y en lances como ese *la humanidad* obliga á *toos*.

De escasa romana, retinto, liston era el tercero. Los peones empezaron aburiéndole á capotazos. De Colita tomó tres puyas y otras seis de Agujetas, Morenito colocó dos medios, y Cuatro-dedos uno al relance. El Gallo, á la hora de la verdad, se retiró del sitio de los capotes y fué á entenderse con *Retinto*, que se presentaba mucho más boyante en aquella hora que sus dos hermanos difuntos; con serenidad y frescura le pasó una vez al natural, dos cambiados, uno en redondo y cuatro altos, y disponiéndose á meter el brazo; no pudo conseguirlo porque el toro humilló; el animal se descompuso desde entonces, y pasándole de nuevo el Gallo con un natural y tres altos, se tiró de *verdá*, para herir con una estocada buena, aunque algo ida.

*Famoso*, segun ya hemos dicho, era el nombre del cuarto de los Bañuelos; como los anteriores era retinto, liston, albardao y de bastantes piés. De Colita recibió una vara y de Agujetas dos, todas sin novedad; en la primera de éstas, Colita rajó y el público se permitió obsequiarle con *naranja-zos*... de afecto. Al son del clarín, el Gallo sale á cumplir su cometido, saltando, despues de una en falso, por el callejon, á cuya faena le ayudó *Famoso*. La Pasera dejó un par pasado. Lagartijo, que deseaba dignamente despedirse del público, llamó al animal á los mismos medios; allí le pasó *magistralmente*, con seis naturales, uno con la derecha y dos

cambiados, para acostarse en él, despues de echarse atrás la monterilla, con una estocada hasta los gavilanes, honda y un poquito delantera. No queriendo el diestro retardar por mucho tiempo la ovacion que le esperaba, pidió la puntilla y se la tiró por tres veces al testuz del animal sin conseguir su objeto.

El quinto de la tarde pisó el redondel, ¡y no hay quinto malo! dicen algunos. Huyendo hasta de su sombra, no aguantó sino una ligera caricia de Colita y otra de Agujetas. El Presidente sacó el pañuelo encarnado, que ya debía tener mucho polvo por el poco uso. Pulguita le fogueó con un par primero y luego un medio, y Ojeda le colgó dos medios pares en sus dos salidas. Hermosilla, que se encontró con un bicho huido, y que corría pegado á las tablas como caballo amaestrado del circo, le dió algunas pasadas de percal, propinando estocadas á la atmósfera, pinchazos sin herir, bajas sin atinar, y mete y saca sin cuenta. El puntillero contribuyó cuanto pudo al mejor éxito del diestro.

Y cerró plaza el sexto: reunía, á las señas de sus hermanos, ser algo bízco del izquierdo y un poco voleto. El Gallo le paró los piés con tres verónicas. Colita y Agujetas hicieron esfuerzos por mojar, pero el animal se acordaba de la dehesa y buscaba sitio por donde salir al campo. Cuatro-dedos y Morenito fueron los encargados de dirigir los fuegos artificiales, porque como era de presumir, el Presidente ordenó que no fuese con la piel sin oler á humo al desolladero. El Gallito, imitando la conducta de su espada antecesor, propinó á la fiera huida una serie algo regular de pases, estocadas y pinchazos, que no hubieran tenido fin si el toro no se hubiera echado, ya aburrido de lucir sus dotes cabalísticas.

El frío empezó entonces á sentirse en la plaza; algunos sentíanlo con más intensidad en su ánimo que en su cuerpo. Nunca mejor pudo decirse: ¿De dónde vienes? y contestar con apatía ¡¡De los toros!!

APRECIACION. Ya la hicimos del ganado; faltanos hablar de los encargados de su lidia. Lagartijo estuvo *prudente*, no diremos desconfiado, al entenderse con su primer toro. El bicho humillaba y se defendía, y no estaba para confiarse el torero con la muleta. Nosotros, sin embargo, hubiéramos deseado para Lagartijo mayor lucimiento, aconsejándole que hubiera tomado á la res un poco más cerca, que la hubiera pegado á las tablas del uno, puesto que allí quería morir, y que una vez acostado el toro sobre los tableros, allí le hubiese regalado un volapié, por los que el Tato se hacía llamar de usted.

En su segundo le vimos á una altura de *despedia*, es decir, de aquellas despedidas que quieren dejar buenos recuerdos. El toro era receloso y algo cobarde; tomándolo á distancia hubiera deslucido á cualquier lidiador y aburrido al público. Rafael quiso cumplir con su obligacion y lo hizo separar de toda su gente, lo llevó sólo á los mismos medios, le dió varios pases tan en corto que casi siempre la muleta parecía llevarla pegada en el piton derecho del animal, y de esta suerte y cuando el bicho llegó á cuadrarse, se tiró con una estocada hasta el puño ¡oh portentoso milagro! sin dar el consabido paso atrás. Así se *pasan* y se *matan* los toros, Señor Rafael, y ya vé usted como de un animal sin condiciones, un buen torero, cuando quiere, saca siempre un gran partido.

Hermosilla no había bien *estudiado* las condiciones de su primer adversario, y no supo lo que hizo. Pues, Sr. D. Manuel, si usted no hubiera abusado de aquellos pases por alto, y queriéndose el bicho separar de la suerte le hubiera usted encariñado más con la muleta en los mismos hocicos, ni el toro se le hubiera ido con esa frecuencia y usted se hubiera tirado á herir con más confianza.

El Gallo trasteó con arte al *Retinto*; su pase en *redondo* dejó mucho que desear, pues siendo éste, así pudiéramos llamarle, un natural continuado, la retirada del percal antes de tiempo es muy expuesto á coladas. No tuvo, por cierto, el jóven diestro la culpa de que su primera estocada no resultara lucida; el toro humilló al engendrar aquél el movimiento de avance: al tirarse en su segunda, le vimos *querer toro de veras*. Y apropósito, ¿no pudiera usted evitar que sus banderilleros enmendasen las estocadas desde la barrera? Usted debiera ser el primero en evitarlo, luego el Presidente... y no decimos más.

ADVERTENCIAS. Señor Gallo, usted fué quien se llevó al toro en la caída al descubierta de Colita, ¿no sabía usted que tenía al lado un *ladron de parmas* y le iba á quitar los aplausos? pues haberse llevado al toro con una *largá*, y para usted hubiera sido *to*.

Amigo Rafael, ya lo oye usted, para ganarse palmas no hay que citar de nuevo al toro para llevárselo luego del lado del picador. No debió usted agarrarse al rabo, pues ya que *colé*, haber terminado la suerte como el *Tato* mandaba, y es quedarse á pié firme frente al testuz del animal y con los brazos cruzados. ¡Que no se le hubiera á usted ocurrido!...

Nada hemos dicho de los toros quinto y sexto encomendados á Hermosilla y Gallo respectivamente. Ningun juego de muleta podía hacerse con ellos y ambos merecian gollete limpio, pero debemos advertir á los dos lidiadores que hasta para lo malo se necesita arte. Con un mete y saca dado á tiempo, una vuelta de doble derecha y direccion al estribo para esperar á que el toro ya herido se eche, aplausos seguros.

De los banderilleros el Barbi y Pedro Campos. ¡Para otra vez le queremos ver á usted *seigar* con más aplomo, Señor Campitos! El valor no está reñido con la prudencia.

Agujetas volvió á tirar su sombrero á los tendidos. Badila, que presenciaba la corrida desde un palco, tambien hubiera querido estar en el redondel para hacer lo mismo.

¡Un olvido imperdonable!

Rojo con oro era el traje de Rafael; verde con el mismo metal el de Hermosilla; lila con negro la vestimenta del Gallo.—Si se nos pasa esto, ¿qué hubieran dicho de

ALEGRÍAS?